

## HISTORIA DE UN VIAJE

Francisco Hernández Cop. Pintor y profesor titular de la Facultad de Bellas Artes de Madrid

Había una vez un niño al que llevaron por primera vez sus padres a la ciudad de Murcia para contemplar la procesión del Viernes Santo. En aquella época, el camino desde el campo de Cartagena hasta Murcia no era nada fácil, ya que cruzarlo llevaba a los viajeros casi un día entero de travesía.

Aquella noche de Miercoles Santo, la previa al viaje, aquel niño de 8 años apenas podía dormir. Nunca había salido de aquel microcosmos de tierra, campo y miseria. Su abuelo le había anunciado esa misma noche que iría toda la familia a ver una de las procesiones más hermosas de Murcia. El chiquillo intentaba imaginar cómo sería aquello, intentaba esbozar en su mente todo lo que le había relatado su abuelo y, también, aquel compañero de pupitre en la escuela, tan resabido y tan señorito, que presumía muchas veces de la gran suerte que tenía al poder admirar la procesión del Viernes Santo desde el balcón de su tía Angustias, una solterona heredera de una gran fortuna. Entre otras propiedades disponía de una casa en el centro de la ciudad de Murcia, en la calle San Nicolás.

A nuestro niño le habían contado muchas cosas: que los nazarenos llevaban como **vestimenta unas túnicas moradas, remangadas a la altura de la rodilla, descubriendo unas piernas cubiertas de medias blancas y calzadas con esparteñas**. Que, además, bajo la túnica llevaban nada menos que **una chaqueta americana, con corbata** y todo. Asimismo, le habían dicho que esos nazarenos se sacaban, no se sabía de dónde, **caramelos e incluso dátiles**. Repartían todas estas delicias a todos los niños con los que se cruzaban. También había oído que la procesión salía muy temprano, **al despuntar el sol**, y que hasta el más ateo que tenía la fortuna de presenciarla experimentaba repentinamente un momento de espiritualidad provocada por aquel clima de magia y misterio.

Cuando al fin se rindió al sueño, este fue interrumpido por el canto de los gallos y la caricia de su madre en la mejilla. Luego le agarró el brazo con fuerza para levantarlo de la cama.

Todo estaba preparado para el viaje, una desmesurada cantidad de comida que habían preparado con esmero las mujeres de la casa: pan, tortilla, conejo con tomate y pimientos, longaniza con manteca y demás manjares de la región; los aparejos de los cuatro caballos que les llevarían a su destino...La ropa de estreno que el niño se pondría para la ocasión se hallaba cuidadosamente doblada encima de la silla de su alcoba.

Se vistió lo más rápido que pudo y salió a la puerta de su casa. Todos estaban allí, de pie, esperándole. Ahí estaba su abuelo, con la barba recién afeitada, al lado de su padre, con la indumentaria de los domingos, que sostenía la mano de su hermano pequeño, vestido con una chaqueta heredada que le quedaba un poco grande. Por último, ahí estaba su madre, tan elegante que casi no la reconocía, acostumbrado a verla cada mañana con un delantal de faena y el pelo recogido. También estaba la Pepa, una parienta que vivía con ellos y les ayudaba en las labores de la casa. Allí estaban todos, inquietos por comenzar el viaje.

Se puso en marcha la expedición. Los mozos prepararon los caballos y ayudaron a la familia a subirse en las dos tartanas (que eran el coche de la época). El frío de la mañana recién estrenada era de esos que se metía en el cuerpo y estremecía los huesos. Su madre le cubrió con una manta que se encontraba entre todos los bártulos que habían traído consigo.

Cruzaron la carretera de La Palma hacia Pozo Estrecho, después pasaron por El Albuñón. Más tarde traspasaron una calzada bordada de árboles hasta entrar en la zona de Los Martínez del Puerto. La criatura preguntaba exactamente cada dos minutos si quedaba mucho para llegar a su destino, pero el tiempo pasaba lentamente a bordo de aquellos carros destartados. Al cabo de unas horas subieron el Puerto, un paso entre montañas, cuya subida hizo que los oídos de los pasajeros se resintieran. Al llegar a la cima hicieron un alto en el camino en la Venta de la Virgen para reponer fuerzas. Se dispusieron a saborear alguna de las delicias que habían traído. Nada más terminar de comer, sin tiempo para la sobremesa, se pusieron en marcha otra vez, para bajar el Puerto. Los caballos que tiraban del carro empezaron a aumentar la velocidad debido a la elevada pendiente por la que estaban descendiendo. A punto estuvieron de colisionar con otro carruaje que subía la cuesta por el sentido contrario.

Pasado el peligro, de pronto, se dieron cuenta de dónde estaban. Se veía a lo lejos la ciudad de Murcia, perfilada por la luz del atardecer.

Los mozos animaron entonces a los caballos, para que nuevamente aceleraran la marcha, ya que el sol se estaba escondiendo y quedaba muy poco para que la noche cubriera el camino de oscuridad. Al fin, llegaron a Murcia y después de cruzar un paso a nivel dieron con la posada de La Paja, el lugar donde iban a pasar esa noche y la siguiente. Los mozos desengancharon los caballos y los pasaron a las cuadras. Los demás dejaron sus enseres en sus respectivas habitaciones, cenaron todos juntos y poco después cayeron rendidos en su lecho.

Al día siguiente tuvieron que levantarse de madrugada otra vez para no perderse la procesión, que se iniciaba a la salida del sol. Poco después ya estaba toda la familia por las calles de Murcia, algo desorientados, preguntando con timidez por el recorrido que haría la procesión. Distinguieron al final de una calle una enorme cantidad de gente que estaba de pie, al borde de la acera, dirigiendo su mirada al frente de la vía. En efecto, estaban esperando el paso de la procesión y otros, con más suerte, aguardaban el momento sentados cómodamente en las sillas distribuidas en hilera. Salvo el rumor del gentío, no se oía nada y parecía que nada iba a suceder, hasta que, pasado un buen rato, se oyó un ruido a lo lejos. Se ruido comenzó a hacerse más intenso hasta convertirse en un estruendo. El niño se asustó un poco, pero su abuelo le tranquilizó diciéndole que ese ruido procedía **de unas largas tubas y de los tambores. Decía que ese sonido destemplado y monótono representaba las burlas que le hicieron a Jesús sus enemigos a lo largo de la Pasión.**

Tras el estruendo alcanzó a ver el trono de la Santa Cena, donde se podían contemplar las figuras de los apóstoles en torno a una mesa generosamente dispuesta. En medio de todos ellos estaba Jesús. El “paso” cruzó lentamente la calle, **a hombros de unos nazarenos vestido con las túnicas moradas y dejando un rastro de aroma a incienso y a fruta.** ¡Esos eran los nazarenos que reparten caramelos!-pensó el niño-. Ahí estaban **con sus buchets repletos de caramelos, dátiles y a saber que delicias más.** Era verdad lo que le había descrito con tanto detalle el señorito de su clase. Estaba deseando acercarse a uno de ellos e indagar en aquellos bultos pronunciados entre sus

ropajes. Pero su padre le agarró de la oreja y no lo dejó moverse de su lado, por miedo a perderle de vista entre la multitud.

Después apareció el “paso” de la Oración en el Huerto llamándole la atención la expresión de agotamiento del Cristo arrodillado. Un ángel le sostenía levemente mirando hacia el cielo.

Seguidamente apareció el “paso” de El Prendimiento, el de Los Azotes y la Verónica, una figura hermosa y emotiva que sostenía entre sus manos un paño con la imagen de Cristo. Luego el “paso” de La Caída, el de Nuestro Padre Jesús Nazareno, el de San Juan y, por último, después del desfile de tronos, músicos, nazarenos, penitentes y fieles, surgió el trono de la Dolorosa, cuya expresión de dolor contenido se clavó en los recuerdos de ese niño para siempre.

Toda esta exhibición de belleza regada por la emoción de tantas percepciones distintas (**olores, sonidos, imágenes**) abrumaron a este pobre chiquillo recién salido de un lugar donde no había sitio para las distracciones. Su temprana vocación de pintor le hizo reflexionar sobre la manera de reflejar lo vivido aquella mañana de abril. En ese instante no tenía a mano ningún lápiz ni papel, pero dibujó mentalmente cada una de esas sensaciones para poder rescatarlas del recuerdo a la vuelta de ese primer viaje iniciático, que supuso el descubrimiento de un mundo exterior más allá de la pequeña finca donde se había criado.